

## Prólogo

El Puente del Salvador cruzaba el Storway a la altura en que el río separaba Steelhaven de la Ciudad Vieja. No cabía duda de que se le había bautizado así para homenajear al teutón Arlor, aquel idolatrado héroe de antaño, a quien las numerosas e ignorantes masas habían ascendido a la categoría de divinidad.

Desde el centro del puente, mirando hacia el norte, se alcanzaba a ver el río serpenteando entre prados y bosques durante varios kilómetros. En su camino hacia la ciudad, el curso de agua arrastraba consigo toda clase de ofrendas de la tierra, los desechos de los Estados Libres, los hinchados cadáveres de una nación condenada.

También traía a la presa de Bosque.

La lluvia caía con fuerza, empapándole la capa, rebotando en el puente y bajando velozmente hacia el río. Desde el centro del puente, Bosque alcanzaba a ver la barcaza que flotaba en el agua, navegando en su dirección. Sus cuatro remos a cada lado se sumergían rítmicamente, empujados con suavidad por poderosos remeros. En la proa se ubicaba un hombre alto, con la capucha echada hacia atrás a pesar del tiempo inclemente. El orgullo de su porte era evidente incluso a esa distancia. Pero era de esperar: era un general de las afamadas Compañías Libres, un señor mercenario, templado en el campo de batalla; no sólo hábil con la espada, sino también astuto; caso contrario no se habría mantenido tanto tiempo con vida. Nadie sobrevivía como comandante de una de las Compañías Libres sin un poco de crueldad e ingenio. Uno no podía comandar a hombres que combatían por dinero sin ser más listo que los que intentarían usurpar su puesto.

El general estaba flanqueado por sus hombres, todos curtidos veteranos, dispuestos a dar la vida por él; de todas maneras, al menos

allí, no les era necesario anticiparse al peligro. Se encontraban en Steelhaven, sede del poder dentro de los Estados Libres, y sus enemigos, los salvajes khurtas, todavía estaban a cientos de leguas hacia el norte. Además, los enemigos del Estado no eran sus enemigos; el general aún no había comprometido el servicio de su compañía y de sus hombres a la defensa de Steelhaven.

Y Bosque había sido enviado para asegurarse de que ello jamás ocurriera.

La barcaza ya estaba a su alcance y Bosque cogió el arco de tejo que ocultaba bajo la capa. En una bolsa atada al cinturón guardaba la cuerda de cáñamo, untada con cera de abeja para que resistiera la humedad. Aunque la lluvia terminaría aflojando la tensión de la cuerda, él no permanecería allí el tiempo suficiente como para que ello le dificultara el tiro.

Con un movimiento veloz y elegante, encordó el arco y sacó una flecha del carcaj. Solo, en el puente, bajo el aguacero, nadie lo observaba. Aunque había Casacas Verdes vigilando la entrada en el lado oriental del puente, estaban guareciéndose en el refugio y no lo verían. Desde la barcaza, el general y sus hombres, cegados por la gruesa lluvia, tampoco lo divisarían hasta que fuera demasiado tarde.

Bosque enganchó la flecha y tensó la cuerda, apuntando a través de la lluvia, mientras la barcaza del general se acercaba más a cada momento. La ligera brisa a su espalda, que soplaba desde el mar Midral, no haría más que acelerar el vuelo de su flecha.

Cuando cogió un último aliento la lluvia pareció ralentizarse. En ese momento el blanco estuvo perfectamente centrado y Bosque vio el camino de la flecha en su mente; la vio surcando el aire. En esa quietud, en la que el tiempo parecía aguardar expectante, efectuó el tiro.

La flecha estaba perfectamente alineada; el general mercenario ni siquiera pudo verla en el diluvio mientras volaba hacia su cabeza, moviéndose en el aire, con la punta girando hacia el blanco. Bosque contuvo el aliento, anticipándose a la matanza.

En el último momento apareció un escudo. Uno de los mercenarios había dado un salto para proteger a su general; la flecha atravesó

la madera, pero se detuvo antes de dar en el blanco. En la embarcación se desató un infierno cuando los otros mercenarios corrieron a proteger a su líder con un muro de escudos, mientras impartían órdenes a los remeros de que cambiaran de dirección y se dirigieran a la orilla más próxima.

No había tiempo para lamentar el tiro errado o para preguntarse cómo había hecho el escolta para interceptar la flecha con tanta habilidad. Bosque se encaramó al parapeto del puente, echándose la capa hacia atrás para alcanzar el carcaj con más facilidad. La barcaza había disminuido su velocidad, mientras los remeros se reacomodaban frenéticamente en sus puestos para intentar avanzar río arriba. Los remos golpeaban el agua, los hombres gruñían, un vapor surgía de los cuerpos bañados en sudor.

Desde el arco de Bosque zumbaron más flechas, una tras otra, en rápida sucesión. Cuando el primer remero lanzó un grito de dolor a causa de una flecha que se le había hundido en la espalda, ya había dos más en pleno vuelo, corriendo hacia sus presas. Era como si les disparara toda una fila de arqueros. Ocho tiros, ocho hombres muertos. El último remero había llegado a ponerse de pie y darse la vuelta en un vano intento de evitar su destino, pero no fue lo bastante rápido. Su cuerpo sin vida se hundió en el agua al mismo tiempo que Bosque colocaba una última flecha en el arco.

Los miembros de la escolta del general estaban delante de él, cubriéndolo con sus escudos. Ni la flecha más certera podría atravesar esa defensa, así que Bosque esperó. Ya sin remeros para dirigirla en el agua, la barcaza se movía a la deriva, y la corriente del Storway la acercaba cada vez más al puente. Bosque observó la embarcación, vio a los hombres del general que lo miraban con recelo, con las espadas desenvainadas y los escudos levantados. Pero no hizo nada; se limitó a dejar que el barco pasara debajo de él y del puente.

Tan pronto como perdió de vista la embarcación, dejó el arco y el carcaj, saltó del parapeto y se cogió a la dovela para poder balancearse debajo del puente. Cayó sobre la popa de la barcaza, desenvainó el estoque y el puñal y evaluó rápidamente a los cuatro hombres que

protegían al general, buscando sus puntos débiles. Esto no era lo que había planeado, pero el Padre había sido categórico: el general debía morir. Bosque se adaptaría a la situación, abriéndose paso entre ellos como un veloz viento entre las ramas. Sabía cuál era su deber. No podía permitir que el blanco escapara.

Tres de los hombres avanzaron con vacilación sobre la barcaza bamboleante, mientras el cuarto, el que había interceptado la flecha, se quedaba atrás como última línea de defensa. El trío de guerreros se acercó con los escudos levantados y las espadas bajas. A Bosque le impresionó su disciplina; aunque se enfrentaban a un solo atacante, permanecían prudentes. Eran hombres curtidos, y tendría que ser muy preciso para derrotarlos, pero eso no significaba dejarles tomar la iniciativa.

Sin detenerse, dio un paso a un costado, brincó desde la borda de la barcaza y se abalanzó sobre el primer guerrero. El mercenario levantó el escudo para bloquear el estoque que caía sobre él, pero Bosque ya había cambiado el ataque, dando una patada antes de tocar suelo y empujando el escudo hacia arriba. El estoque avanzó mientras el guerrero, dándose cuenta de que su defensa había sido penetrada, intentó atacar con su propia arma. Bosque se echó hacia atrás y la hoja le cortó la túnica, pero no llegó más allá. Su puñal se hundió en el pecho del guerrero entre las costillas. Mientras el primer mercenario caía con un borboteo, otro se le lanzó encima. Pero Bosque ya estaba girando y desvió el golpe con el estoque. Lanzó el puñal hacia delante y lo clavó en la nuca del segundo guerrero. El hombre lo miró fijamente, apretando los dientes por el dolor. Bosque vio en sus ojos que sabía que estaba perdido y que no había absolutamente nada que pudiera hacer al respecto. Cuando dio un tirón y arrancó la hoja, el guerrero cayó hacia atrás, intentando en vano contener con la mano el reguero de sangre.

El tercer mercenario se abalanzó gritando de furia, con su voz prácticamente ahogada por el torrencial aguacero, sosteniendo el escudo delante de él para empujar a su enemigo a las procelosas aguas. Bosque lo esperó, ofreciéndole un blanco fácil... hasta el último mo-

mento. Luego se puso de cuclillas, subió el estoque por debajo del escudo, dejando que el mercenario se clavara en el arma con el impulso de su propio ataque. El hombre murió de inmediato; su espada y escudo cayeron con un estrépito sobre la cubierta antes de que él mismo se desplomara sobre ellos.

Bosque vio un destello de temor en los ojos del general, pero sabía que el último escolta sería el más temible.

La barcaza ya había pasado debajo del puente y la corriente del Storway la llevaba hacia el mar; el timón estaba sin control y la hacía girar como si estuviera en medio de un remolino.

El último escolta ya había salvado una vez la vida de su general, bloqueando una flecha que habría sido imposible de ver, mucho menos interceptar. Pero Bosque se mantuvo impertérrito; era imposible que el entrenamiento de ese hombre hubiera sido tan exigente como el que impartía el Padre de los Asesinos. Era imposible que estuviera a la altura de Bosque.

Cuando la barcaza dio un violento bandazo, Bosque se abalanzó, de una manera estudiada para que pareciera apresurada, en un intento de atraer al mercenario. Pero el hombre se mantuvo en su posición y se acuclilló aún más bajo tras su escudo. Con un floreo, Bosque amagó hacia la izquierda, luego hacia la derecha, luego otra vez hacia la izquierda, y lanzó el estoque, pero el guerrero anticipó su movimiento y lo bloqueó fácilmente con el escudo. Bosque se echó hacia atrás, listo para el contraataque, preparado para cortar la mano en la que el mercenario llevaba la espada, pero el contraataque no se produjo.

—¡Mátalo! —gritó el general—. ¿Qué esperas?

Pero el mercenario no prestó atención. Bosque casi sintió compasión por ese hombre; claramente era un guerrero muy superior a su comandante, y de una lealtad incuestionable. De todas maneras, se interponía entre él y su blanco y debía morir.

Bosque dio un salto hacia un lado, esquivando al mercenario y a su espada levantada, y apuntó al general. Al ver que su comandante estaba a punto de morir, el último de sus defensores corrió a interceptar a Bosque. Pero éste había contado con la lealtad de ese hombre,

con su determinación de proteger a su líder con la vida. Una lealtad que le costaría caro.

Girando en el aire, Bosque lanzó el estoque por encima del escudo, apuntando al corazón del mercenario. En un último intento de salvarse, el hombre levantó la espada y desvió la estocada de Bosque, que sólo penetró en su hombro. Lanzó un gruñido de desafío por el punzante dolor que sintió cuando Bosque arrancó rápidamente la hoja y se preparó para asestarle el golpe mortal. El mercenario retrocedió tambaleándose al tiempo que Bosque volvía a lanzarle el arma, pero antes de que pudiera alcanzarlo, la barcaza chocó contra la amplia muralla que corría a lo largo del Storway. El navío escoró con violencia y el mercenario perdió pie. Cayó por la borda y se hundió en el agua mientras un fuerte crujido de madera resonó en el aire.

La cubierta se llenó de agua rápidamente. Bosque se volvió hacia el general. El hombre había desenvainado la espada, con la cara retorciéndose de furia, pero también con temor en los ojos.

Bosque avanzó a través del agua, que ya le llegaba a la altura de los tobillos, y la barcaza volvió a chocar contra la pared. Oyó cómo se agrietaban y se hacían astillas las maderas de la cubierta, con un ruido más fuerte que el estrépito de la lluvia que caía sobre el río. El general estaba en cuclillas en la proa, cogiendo la espada en una postura defensiva. Su posición era perfecta, pero no lo bastante como para disuadir a Bosque.

El general lanzó un gruñido de desafío, preparándose para atacar, pero era viejo y lento y sus mejores días ya habían quedado atrás. Bosque esquivó con facilidad su torpe embestida y contraatacó. Se oyó un estruendo de metal sobre metal cuando apartó la espada del general, antes de hundir el estoque en el pecho de su blanco. Cuando dio un tirón para sacar su ensangrentada arma, durante un breve instante el general pareció desconcertado, como si casi no pudiera creer que estaba muerto. Luego la luz de sus ojos empezó a disminuir lentamente y su cuerpo se derrumbó sobre la barcaza.

Bosque vio que la embarcación se dirigía hacia el montante de piedra del abandonado puente Carrion de Steelhaven. Aguardó mien-

tras la barcaza avanzaba hacia su desaparición definitiva. En el último momento, antes del impacto, saltó desde la proa, se aferró al maltrecho montante y se alzó. La barcaza chocó contra lo que quedaba del puente, se partió en dos y el río la tragó rápidamente, para luego arrastrar los cuerpos del general y sus hombres hacia las traicioneras aguas del mar Midral.

A Bosque no le costó nada escalar la muralla de Steelhaven. Tampoco le costó nada eludir a los Casacas Verdes que, al refugiarse de la lluvia, se habían vuelto ineficaces para cumplir su deber.

Las calles estaban desiertas; la torrencial lluvia las había vaciado de los esclavos y las bestias de carga que acostumbraban a circular por ellas. Bosque se alegró; la lluvia y el frío siempre le resultaban mucho más soportables que el gentío que pululaba por allí como si estuviera sumido en un estupor. Lo odiaba, odiaba ese sitio, pero estaba atado a él por su devoción al Padre de los Asesinos. Una devoción que jamás cuestionaría.

Tardó poco en regresar al santuario donde la espesa oscuridad de los túneles subterráneos ofrecía un refugio de la fuerte lluvia. En algunos lugares, los túneles se habían inundado con el agua que fluía formando ríos en los pasajes subterráneos, pero Bosque conocía los pasadizos secretos y en poco tiempo llegó a la caverna central.

Se arrodilló en silencio y se dispuso a esperar al Padre. Podría ser una vigilia larga; el Padre de los Asesinos venía cuando lo consideraba conveniente y en ocasiones Bosque había tenido que aguardarlo durante varios días. Por fortuna, el Padre estaba ansioso por averiguar si su hijo había logrado su cometido.

—¿El general? —preguntó una voz profunda proveniente de la oscuridad.

—Muerto. —Bosque se abstuvo de comentar que lograrlo no había resultado ni fácil ni rápido.

El Padre se acercó.

—Estoy complacido —dijo, avanzando hacia el tembloroso círculo de luz proyectado por la antorcha, con el rostro retraído, preocupado.

Llevaba días lamentando la pérdida de Montaña y todavía más la de Río, su hijo favorito. Bosque odiaba a Río por ello. Lo odiaba más que nunca por su traición y por lo que le había hecho a su Padre.

—Vivo para servir, Padre. Vivo para destruir a los enemigos...

—Lo sé, hijo —lo interrumpió el Padre. Había un tono de enfado en su voz y durante un segundo Bosque se preguntó si terminaría sintiendo el azote del látigo, pero en cambio el Padre de los Asesinos posó una mano en su cabeza—. Eres el más leal de todos, el único hijo que me queda. Y tengo una nueva tarea para ti.

—Dime cuál es, Padre —respondió Bosque, levantando la cabeza con entusiasmo, anhelando otra oportunidad de enorgullecer a su Padre.

Al hacerlo vio que el Padre tenía dos clavos de acero en la mano y los frotaba entre el pulgar y los otros dedos como si ello lo reconfortara.

—Tal vez estés menos dispuesto cuando sepas cuál es la tarea que desempeñarás para mí.

—Haré lo que me pidas.

El Padre sonrió.

—Lo sé, hijo.

Dio un paso atrás y le hizo a su hijo el gesto de que se incorporara. Bosque obedeció, ansioso por saber qué se le pediría.

—Río se encuentra en Bahía Keidro. En este mismo momento está haciendo entrar en vereda a los señores del Camino de la Serpiente y su tarea está casi cumplida. Te trasladarás a Aluk Vadir. Cuando Río haya completado su misión, él también irá allí para recibir sus siguientes órdenes. —El Padre clavó los ojos en Bosque—. Y allí lo matarás.

Bosque entendió las palabras del Padre, pero casi no pudo creer lo que oía. En cualquier otro momento habría obedecido inmediatamente, ya se habría puesto en camino para cumplir la voluntad del Padre. Esta vez, en cambio, negó con la cabeza.

—Pero hemos hecho un pacto con él. Él cumplió su parte del trato. ¿Por qué...?

—¿Me cuestionas, Bosque?



Las palabras del Padre ardieron más que un látigo y Bosque bajó la cabeza rápidamente, avergonzado.

—No, padre. Haré lo que ordenas.

—Lo sé, hijo —volvió a decir el Padre de los Asesinos tras ponerle la mano en el hombro. Su tono de voz era otra vez calmo, la ira había quedado olvidada—. Entiendo tu preocupación; hemos logrado un acuerdo y deberíamos honrarlo, porque sin honor no somos nada. Pero hay cosas más importantes que tener en cuenta. Cosas que tú aún no eres capaz de entender.

Bosque confiaba en su Padre, confiaba en sus palabras, y sólo se le ocurría pensar que esas «cosas» tendrían que ver con el mensaje y la destartalada cartera de cuero que el heraldo extranjero había entregado tantos días atrás. Desde entonces, su Padre, por lo general tan sereno, se había comportado de manera extraña, con un ánimo errático, a veces casi nervioso, y él se había empezado a preocupar. En una ocasión había visto al Padre mirando dentro de la cartera, moviendo los labios en silencio, aunque Bosque jamás se había animado a preguntar qué había en el interior.

Simplemente, no podía cuestionar algunas cosas.

—No necesito entenderlo, padre. Cumpliré tu voluntad. —Aun así, Bosque se preguntó si era voluntad del Padre o del caudillo Amon Tugha, con quien su Padre parecía estar en deuda.

—Eso me complace, hijo. Sé que estoy pidiendo mucho de ti. Río era tu hermano y es natural que todavía conserves sentimientos hacia él.

—No le guardo lealtad a ese traidor.

El Padre de los Asesinos sonrió.

—Su traición arde en tu interior como en el mío. Pero no temas. Tendrás ocasión de vengarte. Y yo también. —Con esas palabras se llevó los clavos de acero a los labios, como si lo calmaran.

Bosque frunció el ceño.

—¿Tú también, padre?

—Sí. La amada reina de Río aún vive. Pero antes de que tu hermano muera le dirás que el pacto que hemos hecho era un trato con un

traidor y por lo tanto no tiene valor. Y para cuando te reúnas con él, yo ya le habré arrancado el corazón a su amada y lo habré depositado a los pies de Amon Tugha.

—Entonces partiré inmediatamente —dijo Bosque.

Mientras salía de la caverna sintió los ojos del Padre posados en él, así como el peso de la misión en su corazón.

Río los había traicionado, había asesinado a Montaña y había dado la espalda al Padre. Pero ¿era correcto romper un pacto, incluso aunque se hubiera celebrado con un traidor?

Más allá de lo que estuviera bien o mal, Bosque sabía que no tenía alternativa.

Río moriría pronto. Y también su reina.

# 1

Waylian jamás había experimentado un frío semejante. Le atravesaba la capa y el jubón hasta llegarle a los huesos. Le daba escalofríos que lo dejaban entumecido.

Por supuesto que había pasado inviernos duros en Ankavern. La pequeña aldea de Groffham quedaba aislada casi un mes al año, pero una utilización juiciosa de las provisiones les había permitido aguantar el aislamiento sin más consecuencias que unos pocos estómagos quejosos. Entonces Waylian era pequeño, contaba con apenas siete primaveras, y no percibía el peligro. Lo único que quería hacer era jugar en la ventisca y lanzar bolas de nieve a los árboles para hacer caer los carámbanos que pendían de las ramas. Estaba abrigado de los elementos y cuando los dedos se le entumecían siempre había cerca una chimenea para calentarse y un caldo caliente para encenderle un fuego en el estómago.

*¡Bien, pero ahora no hay caldo caliente! ¿Verdad? ¡No hay nada en este condenado lugar, salvo la perspectiva de una muerte fría y solitaria!*

El viento aulló, apartándole la nieve de la cara; se arremolinó en su capa, haciéndola flamear como una cruel bandada de cuervos enfadados. Por momentos el viento era tan feroz que amenazaba con despeñarlo de ese camino de montaña y precipitarlo a una muerte mucho más abajo. Quería llorar, derramar lágrimas de pesar por su situación, pero esas lágrimas se le habrían congelado en las mejillas. Si pudiera recordar el camino de regreso a las montañas Kriega, lo tomaría, pero estaba perdido y sin esperanza alguna. Todos los senderos parecían idénticos y tampoco podía ver nada entre las tupidas ráfagas de nieve que lo enceguecían a cada paso. Por supuesto que había un mapa

—siempre había un condenado mapa—, pero en ese momento le era tan útil como un hacha de papel.

Waylian trató de encontrar refugio acurrucándose tras una roca, pero el viento seguía aullándole en los oídos, seguía azotándolo a través de la ropa. Se quitó la bolsa del hombro y la abrió. Antes de mirarla sabía qué encontraría dentro; un mapa húmedo e inútil, una manzana solitaria y media hogaza de pan. De la carne desecada no quedaba nada, tampoco del queso. Como para recordarle que había sido idiota al comérselos tan rápido, su estómago gruñó de pronto.

Dejó escapar un sollozo. Volvió a mirar la bolsa con esperanza, como si mediante algún hechizo pudiera conjurar más comida del éter, pero lo único que seguía allí era la manzana y el pan viejo y mohoso. Oh, y la carta que ella le había dado, el pequeño rollo de papel con el sello de lacre del guíverno. Al menos aún tenía eso. La vieja y buena magistrada Gelredida.

*Condenada perra.*

Todo era culpa de ella. Todo. Él moriría allí, de hambre o de frío, y todo por su maldita culpa. ¿Por qué había aceptado? Él no era ningún explorador, ningún héroe. Pero ¿cómo podría haberse negado? Había sido su gran oportunidad de probarse a sí mismo. Su única oportunidad de demostrarle a la magistrada que era más que un mero aprendiz.

*Y bien que la has fastidiado, ¿verdad?*

De pronto Waylian sintió nostalgia de Groffham. De la vida tranquila que podría haber llevado, en lugar de esa muerte muda que se arrastraba lentamente por su cuerpo. Recordó con anhelo aquel invierno de tanto tiempo atrás, cuando la nieve parecía tan inofensiva, y maldijo el día que lo mandaron a la Torre de los Magistrados. A esto lo había llevado su ambición: a un final ignominioso en la solitaria cumbre de una montaña.

*Bien, todos recibimos lo que nos merecemos, ¿verdad, Waylian Grimm?*

Debería haber sabido que no podía terminar bien. Estaba escrito en los astros; las profecías estaban a la vista. En el viaje de Steelhaven

a Silverwall no había habido incidentes que destacar, si no se tenían en cuenta las irritaciones causadas por la montura y por un caballo rebelde, pero eso no había sido nada en comparación con lo que lo aguardaba en la ciudad. Oh, sí que era impresionante, con sus altas agujas y sus inmensas murallas a la sombra de las imponentes montañas Kriega, pero lo que Silverwall tenía en esplendor sin duda le faltaba en integridad. Al menos, ésa fue la conclusión a la que llegó cuando tres ladrones lo despojaron del monedero que llevaba en el cinturón y luego, para completarla, le exigieron las sandalias. Habían sido lo bastante amables como para dejarle la toga, por lo que al menos no tuvo que soportar la vergüenza de vagabundear desnudo por las calles de Silverwall.

¿Las cosas podrían empeorar después de eso?

*Claro que sí.*

Cuando Waylian pudo por fin localizar a Crozius Browe, no se encontró con un estirado académico como le habían hecho creer, sino con un vejete desquiciado, loco como una cabra. Primero, a Waylian le había llevado medio día convencer al venerable lunático de quién era y por qué estaba en Silverwall. Casi estuvo tentado de meterle la carta lacrada bajo la nariz. Incluso después de que Browe decidiera creerle, seguía balbuceando cosas sin sentido sobre pactos antiguos y distantes refugios de montañas.

Browe le había proporcionado ese mapa completamente inútil y las instrucciones para llegar a las montañas Kriega. También le había dado consejos para el viaje, pero Waylian había decidido no prestarles atención, y se había dirigido a una tienda de suministros en busca del equipamiento necesario y de alguna sugerencia cuerda. Por supuesto que esa «sugerencia cuerda» había sido que ni se le ocurriera emprender el viaje. Aventurarse en las montañas equivalía a suicidarse, pero Waylian tenía una tarea y estaba decidido a llegar al final. Por ello, con la mirada en alto como el héroe de una leyenda, se había decidido a emprender el trayecto.

En retrospectiva, esa tozudez había sido necia; incluso suicida. Pero ya no podía hacer mucho al respecto.

Mientras se acuclillaba en el saliente lleno de hielo, esperó que los gruñidos de su estómago disminuyeran. Había llegado al punto en que sólo comía si se sentía enfermo o mareado. Quién sabía cuánto más tendría que vagabundear por los pasos de montaña antes de encontrar lo que buscaba. Si lo encontraba. Ya llevaba tres días así, cada vez más débil y enfermo y, al parecer, sin acercarse nunca a su meta.

Cuando los ruidos de su estómago desaparecieron, intentó incorporarse nuevamente, se arrebujó en la capa y se bajó la capucha para tratar de proteger el rostro de la nieve cegadora. No le sirvió de mucho; la nieve parecía volar en todas direcciones, incluso hacia arriba, haciéndole arder los ojos y atacándole los orificios nasales. Caminó a tientas, manteniendo la vista clavada en el sendero para no resbalarse por el borde. Fue pura suerte lo que lo hizo mirar hacia arriba. Nada más que un acontecimiento fortuito lo que lo hizo divisar a la bestia que estaba agazapada en una cornisa.

Quedó petrificado, mirando fijo a través de la tormenta de nieve. Aquella criatura apenas era visible, pero alcanzó a distinguir los ojos que lo observaban, dos agujeros oscuros que lo escrutaban desde la blancura.

¿Qué debería hacer? ¿Retroceder lentamente? ¿Darse la vuelta y huir? ¿Enfrentarse a la bestia gritando al máximo que le dieran los pulmones con la esperanza de asustarla y hacerla huir?

No. Sin duda, eso último no.

Cuanto más la miraba, más detalles podía ver. Al principio había creído que era un felino, como los leopardos de las montañas del norte, pero ahora parecía cada vez más un cruce entre un lobo y un oso. Fuera lo que fuera, estaba agazapada, lista para saltar, con los hombros encorvados y todos los músculos en tensión.

Waylian dio un paso hacia atrás sin apartar los ojos de la criatura. Extendió una mano y tocó la pared, para no alejarse demasiado por el precario saliente y caer al abismo. La bestia se mantuvo inmóvil. Tal vez, sólo tal vez, no estaba interesada en él.

Entonces saltó.

Waylian no esperó ver lo que haría luego. Salió disparado, con las

botas rebotando en el sendero de montaña y su pesada capa flameando detrás. La pendiente era muy empinada y Waylian casi cayó rodando hacia abajo. Se resbaló en el rocoso sendero, arrojando montoncitos de nieve al abismo que estaba a su lado, mientras su aliento emanaba tenues bocanadas. Tras él sólo había silencio —ningún alarido de furia, ningún jadeo animal, ningún sonido de poderosas garras avanzando hacia él—, pero no pensaba detenerse a comprobarlo. Aquella cosa seguramente lo perseguiría y trataría de capturarlo, pero Waylian no se lo permitiría.

El sendero serpenteaba por la ladera de la montaña, y Waylian estuvo a punto de caerse varias veces, pero siempre conseguía enderezarse, mientras corría a una velocidad que le habría parecido imposible. ¿Estaba menos débil de lo que creía o quizás el hecho de ser perseguido por un animal salvaje convertiría en un atleta a cualquiera?

Finalmente el sendero alcanzó un nivel plano y Waylian se arriesgó a mirar por encima del hombro para ver si la bestia seguía cerca.

Eso le salvó la vida.

Su grito se convirtió en un aliento helado que le salió de la boca cuando vio que la criatura estaba casi sobre él. El pánico le hizo perder pie, y cayó torpemente sobre la escarcha del camino justo cuando la criatura le saltaba encima, con sus colmillos y sus garras y su blanca piel erizada. El monstruo voló sobre la cabeza de Waylian y cayó al suelo formando un remolino de nieve. Gruñendo de frustración, se incorporó y Waylian lo miró con el culo entumecido, hipnotizado por el terror. Si no hacía algo, sufriría una muerte horrible. Esas garras parecían implacables; y los colmillos de la bestia, todavía más.

Casi sin pensar cogió su bolsa, que era su única arma. Estaba a punto de lanzársela cuando recordó por qué se había metido en ese lío. Parecía una locura, pero cuando la criatura avanzó hacia él metió la mano en el interior, buscando la carta sellada. Una vez que la tuvo en la mano, empezó a agitar la bolsa.

—¡Ven, vamos! —gritó por encima del vendaval—. Quieres comida, ¿verdad?

*¡Claro que quiere comida, Grimmy, condenado idiota!*

Por su parte, la bestia echó la cabeza a un lado, confundida, antes de lanzar un rugido de furia. Waylian lanzó la bolsa con toda su fuerza y la bestia la atrapó en el aire, la apretó entre esas enormes mandíbulas y comenzó a despedazarla con saña.

Ésa fue la única distracción que Waylian necesitó; se incorporó y emprendió la huida por el sendero, con la absurda esperanza de que la criatura se contentara con lo que había en la bolsa, pero sabiendo perfectamente que el pan y la fruta no satisfarían su hambre.

El viento sopló con fuerza, pero Waylian no le prestó atención; era la menor de sus preocupaciones. Mientras corría, se dio cuenta de que estaba gimoteando, lanzando blasfemias una y otra vez, maldiciendo su suerte y sus orígenes y a la condenada magistrada Gelredida.

Un rápido vistazo por encima del hombro le indicó que la bestia aún no estaba cerca, pero siguió corriendo a pesar del dolor de brazos y piernas y del hueco frío en los pulmones. Siguió y siguió hasta que se sintió agotado.

Alcanzó una plataforma ancha donde se detuvo a recuperar el aliento, apoyando las manos en las rodillas, inhalando el aire enrarecido y soplando nubecilla tras nubecilla de neblina congelada. Se permitió un breve atisbo de esperanza de que la criatura hubiera abandonado la persecución, pero cuando finalmente levantó la cabeza, aquellos torvos ojos volvían a contemplarlo desde la nieve.

Lo miraba casi como si se riera de él, ese lobo montañés, ¿o sería un oso? Fuera lo que fuera, ya no había escapatoria.

Waylian trastabilló hacia atrás débilmente, resbalando de costado, y el victorioso aullido de la criatura resonó en la montaña. Waylian estuvo a punto de mearse del miedo. Lo único que podía hacer era desear que surgiera de su interior algún hechizo mágico que hiciera estallar a esa bestia y borrarla del mapa, pero nada parecido se había manifestado desde aquella noche en el Templo de los Necrófagos y no parecía que pudiera producirse una segunda intervención en tan poco tiempo.



Esperó. Esperó el último salto. Esperó el momento en que esas garras lo destrozaran, en que esos colmillos se hundieran profundamente en su garganta y le arrancaran pedazos de carne.

Pero la bestia se quedó inmóvil, mirándolo fijamente.

Desde detrás de Waylian se oyeron golpes de metal, y luego un bufido. A su pesar, apartó los ojos del monstruo, que estaba a poco más de tres metros de él, y giró la cabeza lentamente. Allí, a través de los remolinos de nieve, pudo distinguir un caballo y su jinete. El corazón le dio un salto cuando se permitió pensar que tal vez, sólo tal vez, podría salvarse. Había llegado un auxilio y, si no era un auxilio, al menos quizás alguien más a quien la bestia pudiera comer en su lugar.

Pudo ver que el jinete estaba cubierto de bronce y que el caballo llevaba atavíos que hacían juego. La armadura tenía un diseño que jamás había visto antes; cada pieza estaba forjada con la forma del ala de un dragón... ¿O sería de un guiverno?

Waylian se quedó sentado durante lo que pareció toda una era, con el culo cada vez más frío, mientras la bestia y el jinete permanecían inmóviles en sus sitios. Comenzó a desear que aquel hombre empezara de una vez por todas a combatir o a huir, una cosa o la otra, y así sabría en qué dirección él mismo debería escapar.

Por fin, la bestia rugió. Era un desafío; hasta Waylian lo sabía. Como respuesta, el jinete azuzó a su montura y la hizo avanzar, sin dejarse intimidar ni por el ruido de la criatura, ni por sus zarpas o sus dientes.

El jinete desmontó, portando el escudo y la lanza con seguridad.

Entonces empezaron.

Con toda tranquilidad, el guerrero levantó la lanza, poniéndosela a la altura del hombro, listo para arrojarla, mientras la bestia desplazaba el peso de una pata a la otra para adoptar una postura defensiva, dispuesta al ataque. Waylian se quitó del medio; caminó por la nieve profunda y se apretó contra la ladera de la montaña.

El movimiento del guerrero fue poderoso; la lanza atravesó el aire y la nieve, pero la bestia montañesa ya había saltado. La lanza le pasó

a un lado en el aire y Waylian sintió que todas sus esperanzas se derretían como copos de nieve en una hoguera. Parecía evidente que su salvador terminaría despedazado y despojado de su armadura como un caracol de su concha. Pero el caballero no pensaba lo mismo; a una velocidad imposible, giró por debajo de la bestia cuando ésta saltó y sacó la espada de la vaina con un violento ruido metálico.

La bestia tocó el suelo hábilmente, se dio la vuelta en la nieve y el guerrero se le puso delante, en cuclillas, con el escudo en alto. Los dos esperaron en silencio y lo único que Waylian alcanzó a oír por encima del viento fue el rechinar de sus propios dientes. Luego ambos se movieron simultáneamente, la bestia buscando dónde agarrarse para impulsarse hacia delante, el caballero saltando a través de la nieve. Ambos dejaron el suelo al mismo tiempo, pero el guerrero se movió hacia un lado, plantando el pie contra la dura roca de la pared de la montaña y abalanzándose en el momento en que la bestia pasaba volando. Fue un ataque ágil y veloz; la espada entró y salió en un brevísimo fulgor de acero. El caballero aterrizó de pie y dio un par de pasos casi despreocupadamente. Detrás de él, el oso o lobo o lo que demonios fuera cayó desplomado y la nieve de debajo adquirió velozmente un tono carmín.

Waylian casi rió al ver la victoria del caballero. Casi. Lo único que pudo hacer fue tratar de incorporarse apoyándose en el muro de piedra. Si hubiera podido mover la lengua habría lanzado un sínfin de palabras de gratitud, pero apenas pudo emitir un gruñido de agradecimiento.

El caballero envainó la espada y se arrodilló junto a la criatura como si estuviera analizando su valor. Waylian avanzó tambaleándose, pero el guerrero no le prestó atención.

—Digo... —consiguió pronunciar Waylian, mientras los hombros le temblaban más que nunca. Si el caballero de la bronceína armadura lo oyó, no hizo ningún gesto que lo indicara—. Digo... que os estoy... eternamente agradecido.

El caballero se giró, lo miró de arriba abajo, y asintió con la cabeza.

Era evidente que se trataba más de un hombre de acción que de palabras.

—Yo... busco la Torre —dijo Waylian—. Supongo que vos...

—No es mi problema —respondió el caballero, alejándose hacia su caballo. Buscó algo en las alforjas mientras Waylian lo seguía con dificultad.

—Por favor... Me han enviado de Steelhaven. Necesito...

El caballero no le prestó atención; en cambio, pasó a su lado con dos cordeles en la mano. Se arrodilló junto a la bestia y le ató las patas traseras y delanteras. Luego, con una fuerza increíble, la alzó y se la puso sobre los hombros.

Waylian lo observó, sintiendo que el frío le llegaba a los huesos, y tuvo la impresión cada vez mayor de que se quedaría allí solo y moriría.

—Por favor —dijo, soltando un sollozo—. Por favor, tenéis que llevarme a la Torre. Debo entregar un mensaje. Si no me ayudáis..., moriré aquí.

—No es mi problema —repitió el caballero.

Waylian sintió una ira ardiente en el fondo del estómago. No lo ayudó a calentarse, pero hizo que le resultara más fácil hablar con ese frío.

—Si vais a dejarme aquí, ¿qué sentido tiene haberme salvado?

El caballero se detuvo y se dio la vuelta, mirándolo sin piedad alguna desde debajo del casco.

—No lo he hecho por ti —respondió—. Esta cosa llevaba molestando muchos días.

Waylian se sintió repentinamente culpable y un poco tonto.

—Lo siento. Supongo que esta cosa debe de haber matado a unos cuantos montañeses inocentes.

Eso provocó una risita en el caballero.

—¿Montañeses? ¿A quién le importan? Se ha llevado seis cabras del lord mariscal. Por eso ha muerto.

Waylian no hallaría compasión en ese hombre, pero debía intentarlo una vez más.

—Por favor. Tenéis que llevarme hasta él. Tengo que hablar con el lord mariscal.

—No es mi problema —respondió el caballero, y giró para marcharse.

—Pero debo entregarle esto —replicó Waylian, levantando el pergamino sellado entre los entumecidos dedos.

El caballero lo contempló un momento y vio el sello con forma de guiverno que hacía juego con el que llevaba en el peto. Se encogió de hombros.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

Caminó hacia el caballo, colocó el cadáver sobre la montura, luego volvió en busca de la lanza. Waylian lo miró, preguntándose si la conversación había llegado a su fin.

El caballero cogió el caballo por las riendas y lo guió por la montaña. Después de dar tres pasos, miró por encima del hombro.

—Bueno ¿Qué esperas? —Waylian no precisó más indicaciones y lo siguió con dificultad por la nieve—. Aquí tienes. Sé útil. —El caballero sostuvo la lanza y aguardó.

Waylian la cogió con ambas manos y casi cayó hacia atrás por el peso. Agradecido, siguió al caballero y a su montura, llevando la pesada carga. Deseó que la Torre no estuviera lejos.

Y que hubiera una hoguera.

Condenadamente grande.